

cho episódico, ni debe basarse siempre en la conquista territorial. En cambio, es cierto, que casi en la mayoría de los casos, los pueblos imperiales por medio de la fuerza, han llevado siempre a otros su cultura, su religión, su lengua y sus costumbres. Constituyen excepción de esta regla, Roma y la China. La primera debió asimilar una cultura superior, la helénica, cuya zona territorial había conquistado por la fuerza de las armas. En el caso de la China milenaria, su cultura superior terminó siempre por absorber las de todos los pueblos conquistadores que la ocuparon por medio de invasiones.

La aplicación de la economía imperialista presenta grandes contrastes en su ejecutoria, por causa evidente de los métodos empleados y por la esencia misma de sus planes de colonización. Estos varían, no sólo en razón de la cultura del conquistador, sino también por causa de las condiciones particulares del medio en que le corresponde actuar.

Para precisar un poco más esta apreciación sobre las distintas modalidades en los métodos de colonización, conviene establecer objetivamente una comparación entre dos grandes países conquistadores: Roma y España. En tanto que la primera extendió el Derecho Romano por el Mundo Antiguo y dio su lengua a Francia, España, Italia, Portugal y Rumania, principalmente, la segunda, a más de llevar a lejanas tierras su religión, su idioma y su cultura, se fusionó con los nativos en un meztizaje, que constituyó la base de las nacionalidades hispanoamericana y filipina.

Los hombres de las islas:

Apreciadas así, aun cuando en forma superficial, algunas de las modalidades propias del sistema económico capitalista, trataremos de analizar los hechos más notables de la extraordinaria trayectoria del Imperio Británico. Con todo, no es fácil y así debemos reconocerlo, en alcanzar, en un ensayo tan limitado, todos los objetivos que fuera de desear, en un tema de tanta trascendencia en la historia de la moderna humanidad. A este propósito, Alberto Citon en su obra "Great Britain, and Empire in Transition", afirma "que es posible aludir, y no reseñar, en el espacio de unas pocas páginas, la grandeza e inmenso poderío del grupo de pequeñas islas en el mar del Norte, que si bien territorialmente sólo alcanzan a un tercio

de la superficie del Estado de Texas (USA), han extendido sus tentáculos a todas partes del mundo". Nos preguntamos, como muchos lo habrán hecho, a qué causas primordiales puede atribuirse este fenómeno. Comentaristas, historiadores, políticos y filósofos, coinciden, al emitir su concepto o respuesta a este interrogante, que las dos causas principales se deben, en primer término, a la condición insular de Inglaterra, y en segundo, al idioma inglés.

Por lo que respecta al primero, es evidente que este fenómeno ha podido apreciarse en otros continentes y en otros pueblos. Bástenos por el momento, con un caso bastante elocuente, como es el del Japón, cuya conformación geográfica hace pensar que sus dos tentáculos se abren amenazadoramente sobre el continente asiático. Para algunos comentaristas esta imagen geográfica comenzó a cobrar vida desde cuando se inició la modernización del Japón. Ello se evidencia en el hecho, de que después de su confrontación con Rusia en 1904, todos sus actos de política externa se han orientado siempre hacia una expansión territorial a costa de otros países, en procura de mercados, materias primas y desconcentración de población. Su largo Rosario de islas e islotes se extiende en forma de un arco gigantesco, de la providencia china de Fukien, a la extrema punta meridional de la península rusa de Kamtchatka. Este peligroso dispositivo fue por mucho tiempo preocupación constante de chinos y rusos, hasta cuando estos últimos, después del desastre japonés de la "Segunda Guerra Mundial", cobraron su derrota de 1904, procediendo a amputar uno de los extremos del arco, apoderándose para ello de la parte de la isla Sakhaline que compartían con los japoneses, así como del conjunto de las islas Kuriles, llave de entrada a las aguas cálidas del Pacífico. Esta amputación vino a completarse posteriormente con la pérdida para el Japón de Taiwan o Formosa, como la designaban los portugueses.

Y por lo que hace al idioma inglés, común a las dos unidades más grandes del mundo moderno, la Comunidad de naciones británicas y los Estados Unidos de Norte América, es preciso admitir que fue el factor político más importante de nuestros tiempos. Y ello también se evidencia en el hecho de que un idioma común, a más de constituir una comodidad, es una influencia tan poderosa, tan sutil y tan penetrante en la mente

y en el carácter, que su comunidad, como puede apreciarse especialmente en los Estados Unidos de Norte América, supera las diferencias étnicas.

Los sucesos históricos han promovido la más extraordinaria difusión del idioma inglés. Hoy se extiende sobre todos los pueblos que constituyen el Common Wealth. Se emplea en casi todos los puertos de mar de Asia. Abarca la América del Norte desde el Río Grande hasta el Océano Artico; es por último, un segundo idioma para muchos europeos del continente y para los latinoamericanos. Su amplia difusión, ya sea consecuencia de la guerra o del comercio, lo ha dotado de un vocabulario más extenso que el de cualquier otra lengua, viva o muerta, confiriéndole así la condición de ser el más compuesto de los idiomas. Al hablarlo, el más desprevenido, sin ser lexicógrafo, se percata que al conversar recuerda a cada paso su estrecha relación con el francés, latín, griego, español, hebreo y árabe. Por cada palabra de origen anglosajón puro, existe siempre un sinónimo tomado del francés normando, del danés, del latín o del griego. Por ello, profesores universitarios como R. B. Mowat y Preston Slosson de Bristol y Michigan, respectivamente, ponen de presente que existen sutiles diferencias de ambiente, si no de definición, pues se puede ser a un mismo tiempo "Fatherly y paternal", "hearty y cordial". Los escritores ingleses han dispuesto, desde vieja data, de una elección de giros superior a la que pueden disfrutar los autores de cualquier otro idioma. Y pensar, que en su origen, el inglés, tal como se le conocía en su antigua forma, anglosajona, era tan sólo un dialecto de la Baja Alemania, una rama del gran tronco teutónico. En efecto, allí, en el corazón de la península que divide el Báltico de los mares del Norte, según afirma John Richard Green, en su "Short History of the English People", en el siglo V de la Era Cristiana, el único país que llevaba el nombre de Inglaterra, era el que ahora conocemos con el nombre de Sleswick (Schleswig). Esto nos lleva a meditar, que la cuna de la raza inglesa está mucho más allá de Inglaterra.

Estas circunstancias conducen al terreno tan discutido, por no decir espinoso, de que las razas o grupos étnicos, constituyen factor preponderante en el desarrollo o progreso de los pueblos. Este complejo de superioridad que tantas víctimas

ha cobrado, ocasionó la célebre declaración política expedida por importantes organismos internacionales, como un rechazo a la tesis de la superioridad racial que se atribuyeron algunos pueblos en la Segunda Guerra Mundial, y con mucha anterioridad Grecia y algunos pueblos de Oriente.

Persas, griegos y romanos en la antigüedad, entre otros; franceses, alemanes, ingleses y españoles, en los tiempos modernos, alardearon en ciertas épocas de su historia, de su superioridad sobre otros pueblos. Para corroborar este aserto, bastaría recordar que griegos y romanos designaban con el calificativo de "bárbaros", a todos los que no fueran griegos o romanos. En cuanto a los otros países europeos que hemos citado, vale recordar, que si bien es cierto que ellos han testimoniado en diversas ocasiones su complejo de superioridad, la evolución de las ideas y las experiencias de las dos últimas guerras, han frenado, por así decirlo, tan explosiva filosofía política. Sin embargo, la trayectoria histórica, la literatura, algunas teorías religiosas y ciertos filósofos, mantienen aún viva la tesis racial y asignan a este factor, parte muy activa en los éxitos de algunos pueblos. Con frecuencia se oye y se lee a personas de altura intelectual, comentar el milagro alemán, el milagro japonés y las grandes realizaciones soviéticas, como cualidades propias de arios, eslavos y japoneses. Si no hemos pasado por alto este tema de la superioridad de algunos grupos étnicos, ello se debe exclusivamente a nuestra intención de darle curso a la libre opinión y a la inevitable evolución de las ideas en cada generación.

Aun cuando es tarea, por demás improbables, precisar el origen del pueblo inglés con la certeza que demanda un ensayo histórico, cabe valernos en este caso de aquellos comentaristas que en nuestro concepto se han aproximado más a este propósito, y quienes por eso merecen más confianza que otros historiadores, que pretenden dogmáticamente poseer el conocimiento exacto de este asunto. El historiador F. M. Stanton en su obra "The Danes in England", aprecia, que no cabe duda, de que en el norte de Danelow, más de la mitad de nombres personales nativos que sobrevivieron a la conquista normanda, es definitivamente escandinava. Después de los daneses vinieron los normandos, escandinavos en su origen, pero de cultura francesa. Y lo que en un principio ocurrió con los invasores,

divididos en anglos, sajones y jutes, según el cronista Bodo, quien escribió en el siglo VIII, y quien afirma que las bajas experimentadas por los primitivos habitantes, celtas rubios, ibéricos de tez morena, fenicios y otros inmigrantes, fueron crecidas, pero sin sabor de exterminio, cosa que puede atribuirse a diversas causas. Y a continuación se presentaron los legionarios romanos que llevaron reclutas enganchados en todas las provincias del vasto imperio. Este es a grandes rasgos, el origen del ciudadano inglés, que es algo más que una mezcla de anglosajón y britano céltico, como pretenden algunos historiadores. Para terminar tan compleja y difícil apreciación sobre el origen de los ingleses, nos valemos de Defoe, quien en su obra "True Born Englishman", se acercó mucho a la verdad hasta ahora aceptada, aunque olvidó a los celtas:

"Vuestros romanos-sajones-normandos ingleses...
Un inglés verdadero es una contradicción!
En el lenguaje una ironía, en la realidad, una ficción...
Una metáfora inventada para expresar
Un hombre afín a todo el universo!".

Por lo anterior se deduce, que la mezcla de razas en las Islas Británicas, fue muy buena en esencia. Todos sus invasores eran físicamente vigorosos y no tan diferentes como para conformar una raza nacional común.

Los dictados de la historia:

Con notoria frecuencia suele apreciarse, que gentes aún bien informadas, al referirse a la Edad Media, testimonian que esta fue una época sombría, de barbarie y de fanatismo en todos los órdenes. Este ciclo histórico, por cierto muy mal designado bajo este título y que dio margen para afirmar que la humanidad en cualquier época parece estar siempre en una especie de edad intermedia, entre el siglo precedente y el que le sucede, no fue en verdad de tal naturaleza. Todo es quizás cuestión de generaciones, apreció alguien más, porque toda generación está siempre influida por la precedente y por la que habrá de reemplazarla. Debemos pues concluir, que esta caprichosa división tradicional de los períodos históricos, conducirá necesariamente, a que en un próximo futuro, no se sabrá que hacer en el término "contemporáneo".

Para ahondar un poco más en el tema, bien vale anotar, que cierto notable filósofo al analizar la causa o razón del progreso, la atribuyó a la confrontación permanente entre el anciano, el hombre maduro y el joven, en las familias de todas las sociedades. En el caso del período histórico asignado convencionalmente a la Edad Media, no cabe en lo posible admitir que esta época pueda considerarse como un todo, como un conjunto homogéneo e inseparable para los efectos de la calificación o apreciación de sus fenómenos sociales y políticos. Pero de un tiempo a esta parte son ya numerosos los intelectuales, que al referirse a este ciclo histórico, consideran la conveniencia de estimarlo, cuando menos, en tres divisiones completamente diferenciadas por los hechos, fenómenos y consecuencias que aportaron a la historia de la humanidad. Bastaría para ello simplemente equiparar la "Empresa de las Cruzadas", la "página maravillosa de Juana de Arco", los "avances de la filosofía" y la "presencia e influencia de Carlomagno", con los años oscuros del bandidaje, las incursiones de los nuevos pueblos bárbaros del norte y las torturas y las persecuciones religiosas.

Cuando en el 400 los intelectuales latinos celebraban unánimes la grandeza de Roma, de esa Roma que había reunido bajo un mismo nombre a todo el género humano; que había permitido a todos los hombres vivir como ciudadanos de una sola ciudad; como miembros de una misma familia; que había permitido también a todos los pueblos fundirse en uno solo por el comercio, la civilización y los matrimonios, dejaba, con todo, entrever a ciertos observadores y estudiosos de la historia, que algo andaba mal en el complejo mecanismo administrativo del mundo abigarrado que constituía el Imperio. En efecto, tanto la zona oriental como la occidental de Renania, se iban separando poco a poco; el norte de la Galia era progresivamente penetrado por los francos, los alanos y los burgundios; los humos de Atila lanzaban desde Panonia rápidas incursiones sobre la Galia; las guarniciones romanas evacuaban lentamente la Britania y sus indígenas, faltos de protección, se veían amenazados por los invasores sajones. Sería que el Imperio Romano, en plena transformación, marchaba hacia su disgregación? En muy poco tiempo, ciertamente, el caleidosco-

pio de este mundo de populosas ciudades, se alteraría totalmente y los bárbaros se asentarían sobre las ruinas de una civilización.

Ya nada podrá detener la avalancha invasora de los pueblos desprendidos del norte o de las altas estepas del Asia Central. Al finalizar el siglo IV todo el ejército romano, hasta en los más altos grados, estaba constituido por mercenarios extranjeros. En el célebre encuentro de las Llanuras Cataláunicas, el mando romano se hallaba en manos del general Aecio, germano nacido en la Ponania. Y así como las huestes de Atila estaban compuestas por godos, visigodos, germanos, hunos y otros pueblos, los efectivos que combatían por Roma eran en su mayoría francos, visigodos, contingentes asiáticos al servicio del emperador de Oriente, agrupaciones de diversos pueblos y hasta algunos grupos de hunos desafectos a Atila. Allí fue contenido el genio político de este hombre que aspiraba a reunir bajo una sola dirección, la de los hunos, a todos los pueblos de Europa, en una especie de federación. Era el mismo sueño que había inspirado los planes de Carlomagno y que más tarde habría de inspirar también los de Luis XIV, Napoleón y Hitler. Ya Roma lo había practicado con éxito y Carlomagno había estado muy cerca de lograrlo. Los historiadores de la antigüedad, en su gran mayoría, coinciden en aceptar que los bárbaros que militaban en el bando romano, en las Llanuras Cataláunicas, eran ardientes defensores del Estado que los mantenía y de una civilización que pretendían asimilar.

Síntoma inquietante era para los observadores de entonces, que en medio de la masa inerte de los romanos, la única institución política viva, la única fuerte, estaba en manos de los llamados bárbaros. Al desaparecer el Imperio de Occidente, el de Oriente que sería muy asiático en casi todas sus manifestaciones, subsistiría por algún tiempo como un islote en el turbión de las invasiones. Cuando por fin la balanza se inclinó a favor de los pueblos de guerreros a caballo, éstos, con todo, perpetuarían las tradiciones y las pautas culturales romanas, hasta desembocar en el mundo feudal.

Durante mucho tiempo los estudiosos de la historia se representaron el año mil como un símbolo de horror, de tinieblas, de caos y de angustia. Las gentes lo vivieron replegadas

sobre su pavor, como fascinados, esperando el fin del mundo que anunciaban los cristianos. Fue entonces cuando algunos recordaron las meditaciones del Apocalipsis y lo comunicaron a grandes voces, aumentando así el espanto y el horror. Sólo los dirigentes más ilustres de la iglesia cristiana combatieron la idea y ayudaron con su ejemplo a superar el miedo y a continuar la marcha hacia lo desconocido, olvidando poco a poco los días de la mortal zozobra.

Al declinar el mundo romano, de oriente y occidente, siglos V a VII, es ostensible entonces la superioridad económica y social asiática, que residía en la industria, el comercio, la densidad de población rural, la prosperidad de las ciudades. Los comerciantes romanos, por la interrupción del tráfico hacia el Asia, la India e inclusive China, ya no pudieron alcanzar como en los siglos precedentes aquellos centros comerciales. Todo el dispositivo anterior había venido perdiendo la simplicidad financiera que lo había caracterizado.

El intenso tráfico romano se escapó de sus débiles manos. Entonces los sásanidas, que por caravanas terrestres que unían los pasos de Asia Central con las costas mediterráneas o por relaciones marítimas con la India, en las que prescindieron del Mar Rojo, en provecho del Golfo Pérsico, adquirieron el monopolio del tráfico. El mundo musulmán estaba en su apogeo y sería el encargado de entregar a los europeos los elementos culturales y científicos de Oriente, estancados por algún tiempo a causa de la catástrofe del Imperio Romano.

De cómo se inició una Thalassocracia:

Vinculada Inglaterra a Francia desde cuando Guillermo el Conquistador pisó tierra inglesa en 1066, no obstante su posición insular, que haría valer en su oportunidad cuando Europa alcanzara la posición predominante que le reservó la historia, se vio mezclada inevitablemente en las contiendas y dilemas políticos del continente. Pero bien vale comentar a este propósito, que tanto la invasión de los romanos a la primitiva Britania, como la perpetrada por las huestes normandas procedentes de Francia, no afectarían a Inglaterra en razón del volumen de invasores, que en ambos casos no pasaron de ser guarniciones, con escasos efectivos militares, a juzgar por el contingente de Guillermo que apenas alcanzaba a la cifra de

5.000 guerreros, muy semejante a los efectivos romanos que la ocuparon en la antigüedad. En los dos casos la influencia sería institucional y obviamente cultural y política. En lo que hace a los normandos, éstos le procuraron una sobre estructura a la subestructura anglosajona, en opinión de algunos comentaristas, entre ellos el historiador Stubbs, de reconocida autoridad en la materia. Según él, en las instituciones normandas existían más autoridad que libertad, al paso que en las anglosajonas había más libertad que autoridad.

Los descendientes de Guillermo no serían ajenos al espíritu conquistador de su antepasado. Considerándose estrechos en su territorio fijaron primeramente sus metas en Gales y Escocia. Los ejércitos que llevaron a estas regiones pasaron por muchas alternativas de victorias y derrotas. Gales fue el primero en ser conquistado e incorporado y en 1301 el rey Eduardo dio a su hijo el título de "Príncipe de Gales", que lleva desde entonces el hijo mayor de los reyes de Inglaterra. Cuando llegó el turno a los escoseses, éstos recurrieron a una alianza con Francia, pero al fin fueron sometidos y el rey hizo arrancar la piedra sagrada de Scone, que según la tradición, había formado parte del pilar por el que subieron los ángeles de Jacob, y la ordenó incrustar en un asiento que desde entonces sirve de trono para la coronación de los reyes de Inglaterra. Irlanda, conquistada desde el siglo XII por el rey Enrique II, continuó ofreciendo una fiera resistencia a los ingleses, hasta el siglo XVII, en que fue definitivamente vencida y sometida a vejaciones inicuas, pese a las cuales seguiría luchando hasta obtener su independencia en 1921.

En 1340 el azar de las herencias feudales hizo inevitable la contienda entre ingleses y franceses, que pasaría a la historia con el nombre de "Guerra de los Cien Años". Este largo enfrentamiento constituyó una guerra feudal, una guerra nacional y por sobre todo, una guerra imperialista. En un principio Inglaterra llevó la ventaja gracias a los arqueros galeses que lanzaban un proyectil que alcanzaba los ciento sesenta metros y clavaba en la silla el muslo del jinete vestido con cota de malla. Las derrotas de Crecy y Poitiers fueron en la práctica el triunfo de los plebeyos sobre los caballeros, que cayeron frente a las filas de los arqueros, que disparaban sosegadamente desde sus posiciones, contra hombres y caballos acora-

zados. Este fue el fin de la caballería feudal y la entronización de un arma temible contra los caballeros de armas. Aquí bien vale recordar que la historia de las guerras es la de una larga lucha entre el choque y el proyectil. El primero tuvo la forma de la carga de caballería, del asalto de infantería y del ataque con carros blindados. El segundo fue el proyectil, como piedra lanzada por la honda, como flecha o bala o cartucho o granada o torpedo. El triunfo del feudalismo fue la consagración de una tropa selecta de choque. Su derrota sería la imposibilidad de enfrentarse a la artillería real y a dos clases de infantes: el arquero inglés y los picaderos y alabarderos suizos.

Para mantener la supremacía del arquero, se obligó en Inglaterra a los pequeños propietarios a practicar su empleo y abandonar deportes como el tenis, los bolos, la pelota y otros juegos, que se declararon ilegales.

El triunfo de Inglaterra en la primera fase de la contienda fue efímero, frágil y artificial, porque estaba basado en la división de los franceses. Después de una tregua precaria los dos adversarios reiniciaron las hostilidades y se dio comienzo a la segunda fase de la guerra. Los franceses, gracias a Juana de Arco, recuperaron su confianza en la suerte de las armas, realizaron la unión y dieron comienzo a una nueva táctica que desconcertó y desmoralizó a los ingleses. Esta consistió en no enfrentar al adversario en grandes batallas, sino aguantarlo detrás de las fortificaciones, obligándolo así a una guerra de sitio para la que no estaba preparado. Ya para finalizar la contienda, a la muerte de Carlos VII, los ingleses sólo poseían en territorio francés la plaza de Calais. Esta guerra dejaría entre Francia e Inglaterra un odio que debía durar hasta fines del siglo XIX, y en las masas populares de ambos países, una desconfianza hereditaria e invencible.

Mientras se luchaba en los campos de Francia, Inglaterra prosperaba y experimentaba grandes transformaciones en su estructura social y económica. El saqueo sistemático practicado en Normandía, el crecimiento de riqueza, por virtud de la guerra, de armeros, constructores de navíos y proveedores de víveres y la necesidad de dinero del rey, confirió grandes oportunidades a las ciudades y a los individuos para comprar a buen precio las libertades. Dos clases se elevaron rápidamente en la campaña inglesa: la de los arrendatarios, semipropieta-

rios, libres en tierras arrendadas a los señores y la de los obreros agrícolas, que se hicieron libres después de permanecer por un año y un día, acorde con la ley, en ciudades y villas protegidas por una "carta". Y también, algo fuera de lo común, eliminaría definitivamente la servidumbre. Un azote terrible, originario de Oriente, cayó sobre Inglaterra y la despobló. Los contemporáneos, por sus síntomas y características la denominaron Peste Negra (Black death). Hubo pueblos donde los sobrevivientes no fueron suficientes para enterrar a los muertos y donde los moribundos cavaban ellos mismos sus fosas.

Las consecuencias de la despoblación obraron directamente sobre los campesinos, que se encontraron de pronto más ricos, pues los campos comunales se dividían entre menos partícipes. La escasez de la mano de obra tuvo la virtud de infundir a los jornaleros una autoridad antes no conocida y se tornaron más exigentes y rebeldes. Sin este elemento tan necesario los terratenientes (señores) prefirieron arrendar sus tierras. Los nobles concedieron exención de arrendamientos por temor a que los arrendatarios los abandonaran. Hubo muchos que renunciaron a la agricultura y se dedicaron a la cría del carnero. El juego natural del mecanismo económico hizo impracticable toda la legislación que expidió el Parlamento para restringir el abandono de las viejas prácticas y de la regulación de los salarios. Así, la peste que arruinó al señor, enriqueció al pequeño arrendatario. Con la llegada a menos de los cuadros feudales, ascendieron los gremios y las corporaciones y se tornaron demasiado estrechos. La fabricación de paños se convirtió en la primera industria inglesa, mediante la protección del Estado, pese a los Gremios y a la oposición de las Corporaciones. Con la intensificación de este importante renglón económico, tan complicado porque son muchas las operaciones que se requieren para transformar la lana en bruto en producto acabado, surgieron en Inglaterra verdaderas empresas capitalistas.

El comercio en grande tentará a los jóvenes más que las guerras caballerescas. Los grandes comerciantes de la Edad Media reemplazan en la imaginación popular a los héroes y substituyen a los caballeros andantes. El Lord Alcalde de Londres es el personaje de una leyenda. Los cantores ambulantes cuentan, cómo siendo un pobrecito huérfano, se enriqueció

trabajando en la cocina de un rico mercader. "Los trabajadores y empleados de los armadores estaban autorizados para enviar en los navíos de aquellos algún objeto, a fin de que los humildes tuviesen ocasión de recibir la bendición de Dios". Bajo la influencia de los grandes mercaderes los Gremios se transformaron. Surgieron el acaparamiento, los escándalos financieros y el tráfico de influencias, que serán los legados del futuro, en los siglos por venir, cuando el capitalismo haya alcanzado su pleno desarrollo. Hasta el rey cae bajo el dominio de los comerciantes. Ellos serán los que dictarán en adelante la política exterior de Inglaterra.

Con el descubrimiento de nuevas tierras, de nombres raros y extraños, los tradicionales hombres de industria y comercio se verían abocados a una nueva situación, que sin causar aún notaría declinación en su operaciones, continuaría el anuncio de lo que habría de acontecer con el tiempo. Los nuevos potentados, los monopolios, que habrían de prolongarse en el tiempo como factores esenciales del gran capitalismo, imponían los precios de las anheladas especias. Ellas aflúan de la distancia para deleite de los señores burgueses: el pimentón negro de Malabar y Ceilán; el jengibre de la India o Arabia; la nuez moscada de las Molucas; la canela de China y de Ceilán; el clavo y otras muchas, que obraban como excitantes y estimulantes para un mundo que consumía carnes conservadas en baños de sal y que no podía degustar aún las variedades de vinos y bebidas alcohólicas de nuestro tiempo. Las especias, a más de obrar como condimentos, eran también insustituibles elementos de la farmacopea, que tanto requería la medicina galénica.

Así, las especias obraban no sólo como condimento de las comidas, sino sobre los manjares y bebidas aromáticas: como tónico, estimulante y astringente; como componente, para cataplásmas y electuarios y para dolores de estómago y otras varias dolencias que aquejaban al hombre. Con ellas llegaban también, asociadas a los largos viajes, la cañafístula de Egipto o de la India; los escamenes de Siria; el vermífugo de Judea o de Persia; el alcanfor, antiespasmódico por excelencia y notable estimulante; la agalla de China; el apio de La Tebaida; el tragacanto del Asia Menor; la atutua de la India; el azúcar de Siria, Egipto y La India, y otras muchas plantas

de propiedades diversas. No debemos olvidar los tintes para tejidos: el rojo escarlata o cochinilla de Armenia; la rubia de Arabia; el palo brasil de la India o de Ceilán; el azúcar índigo de Bagdad, Coromandel o Bengala y los amarillos. Y con ellos, el encanto de los perfumes: el almizcle del Tibet o de China; el azafrán de Levante o de las Indias; el ambar gris de Omán; el nardo indiano; y por último, los tejidos, los vidrios, las armas de Siria, las perlas del Golfo Pérsico, los diamantes de la India y los rubíes de Ceilán.

Era tal la confianza de los ingleses en su propio destino, que no obstante haber perdido la Guerra de los Cien Años, su evocación les parecía gloriosa. Recordaban con satisfacción que todos los combates se habían librado en territorio extranjero y que el enemigo apenas fue visto en algunos pueblos de la costa, en excursiones furtivas. Desde entonces se sintieron invulnerables en sus islas y desdeñaron a las otras naciones. Froissart, que los estudió con detenimiento, refiere, "que eran orgullosos y que no gustaban de brindar su amistad y alianza a otros países". Un enviado veneciano afirmó que su riqueza era mayor que la de ningún otro país de Europa. Hombres y mujeres iban vestidos con telas sólidas, con frecuencia bordadas de pieles. Su orgullo estribaba más en su relativa libertad que en sus propias riquezas. Hacia 1470 Fortescue al elogiar las leyes inglesas se preguntaba: "¿Cómo no han de ser buenas si son obra no de un solo hombre, ni aún de cien consejeros, sino de más de trescientos hombres escogidos?".

Para forjar un mundo liberado de los prejuicios que afectaban a las demás naciones de Europa, Enrique VIII, conoedor de que los ingleses siempre habían sido hostiles a los monjes y a los Tribunales Eclesiásticos, hizo votar por la Cámara de los Lores un estatuto de seis artículos, que fue llamado "Bill Sangriento" o "Látigo de Seis Colas", que afirmó la transubstanciación, la inutilidad de la comunión bajo dos especies, la validez de los votos de castidad, la excelencia del celibato clerical, y que aprobaba además, la confesión y las misas privadas. Pero pese a que este monarca realizó notables avances en diversos campos, reorganizó la flota, construyó arsenales, fundó una escuela de pilotos, anexó el país de Gales y pacificó Irlanda, es difícil substraerse a un sentimiento de horror cuando se recuerda los patíbulos de la Torre y las ho-

gueras de Smithfield. Fue pues inevitable que se produjera la separación del Estado Insular de una Iglesia Universal, que si había prosperado en los demás países de Europa, era porque la caída del Imperio Romano había legado un débil poder civil y una soberanía dividida. Con la constitución de los estados fuertes, se pondría a prueba el poder del papado.

Pero pese a los éxitos alcanzados por Inglaterra en su política interna y en sus relaciones con Europa, no había logrado aún el poder suficiente para contrarrestar el influjo desmesurado de los Austrias de España. Uno de ellos había evidenciado este hecho cuando reconoció abiertamente, "que en sus estados no se ponía el sol". Sus navegantes y capitanes, por sus grandes hechos, permitieron acuñar a los observadores de esa época la célebre frase, de "que cuando España se mueve tiembla el mundo". Este poderío se hizo más ostentoso aún cuando los españoles descubrieron "que entre Europa y la India existía un continente sin mezquitas, sin bazares, sin árabes y sin indúes, pero donde habían ya florecido civilizaciones prodigiosas, donde minos de oro, plata, y rubíes, dejaban fluir ríos de riquezas, donde imperios como el de Moctezuma en Méjico y el de los Incas en el Perú, habían acumulado tesoros mal custodiados por pueblos mal armados". Y para que este mundo casi fabuloso alcanzara su máxima expresión, el Papa Alejandro VI trazó simplemente en el mapa una línea de un polo a otro, en el que el oeste debía ser español y el este portugués. Africa y la India serían pues portuguesas y toda la América, salvo el Brasil, propiedad de España. Fue entonces cuando los ingleses, ante semejante fallo, debieron pensar en otra ruta. Pero sus esfuerzos fueron en vano: por el nordeste descubrieron el camino de Moscú y por el noroeste fueron detenidos por los hielos polares. Este pueblo, que ya había dado muestras de voluntad y habilidad insuperables para llevar a cabo sus ambiciones expansionistas, comprendió, con esa clara visión histórica que testimoniaría en todo el curso de su impresionante trayectoria, que sería demasiado aventurado desafiar a la temible España o romper relaciones con un rey todopoderoso como don Felipe II. Pero de otro lado, los comerciantes ingleses estaban resueltos a pasar por alto unos acuerdos que les impedirían participar en el botín de las regiones más ricas del mundo. Para ellos era muy sutil la diferencia entre comercio y piratería. Esta última era ya célebre en el siglo XV, pero no tanto

como para atreverse a desafiar las grandes flotas de España y Portugal, que señoreaban los mares.

Fue un marino comerciante, Juan Hawkins, quien concibió la idea de substituir la piratería por un comercio regular en las colonias de España, y al efecto realizó dos viajes consecutivos que lo convirtieron en el hombre más rico de Inglaterra. En momentos en que realizaba su tercer viaje, el Virrey de San Juan de Ulloa, quien obró a instancias de los comerciantes españoles que ejercía el monopolio colonial con el apoyo de la Corona, lo declaró persona no grata y enemigo de los intereses españoles. A partir de este incidente se inició por parte de los ingleses esa doble política, en que la perfidia femenina alcanzó proporciones de tal magnitud, que muy pronto Inglaterra sería designada como la pérfida Albión, epíteto que la acompañaría hasta el siglo XX, incorporándose en las páginas de la historia diplomática. Públicamente, María Tudor, la Jezabel del Norte, como la designaban los españoles, declaró solemnemente que Hawkins se había equivocado y que las colonias españolas debían ser respetadas. Pero privadamente, tomó al culpable a su propio servicio y le hizo Tesorero de la Flota, que ganó mucho con sus grandes experiencias. Luego le tocó el turno a Francisco Drake, otro notable marino, a quien al regreso de uno de sus viajes, reprendió severamente. A renglón seguido le ordenó que se arrodillara, le dió el beso de ritual, y concluyó: "Alzaos, sir Francis". Después de este acto, que provocó la hilaridad de muchos europeos, la guerra entre Inglaterra y España se hizo inevitable. La piratería alcanzó proporciones patrióticas y sus notables jefes se convirtieron en héroes nacionales de Inglaterra.

En esta contienda se enfrentaron, el poderío naval de los españoles, rodeado del prestigio de una tradición histórica, justamente alcanzada, pero que se fincaba en nociones marinas ya muy atrasadas en el siglo XVI, de una parte; y de otra, la pericia de los ingleses, ejercitada en barcos pequeños pero muy veloces y de gran maniobrabilidad. Otros factores, también muy importantes, militaban a favor de los ingleses: su conocimiento de la zona marítima del Mar del Norte y su capacidad combativa en las peores condiciones climatológicas. De esta confrontación, ya no habría dudas para cualquier observador, sobre el comienzo de la decadencia marítima española y del

engrandecimiento naval de los ingleses. Los resultados de esta primera contienda no pudieron ser más desafortunados para España. La "Armada Invencible" de don Felipe II, mal conducida y desmantelada por las grandes tormentas reinantes en el Mar del Norte, constituyó un tremendo fracaso naval, lo mismo que otras tentativas infructuosas para invadir las Islas Británicas. En cambio, el valor y la pericia desplegados por los marinos ingleses, hizo de su flota la gran escuadra que más tarde mandada por Drake, Blake, Rodney y Nelson, se haría dueña y señora de los mares del mundo. De sus primeros efectivos consistentes en treinta grandes naves y veinte pequeñas, nació el prestigio, la tradición gloriosa y el poder imperial, que en el mundo moderno estaría representado por superacorazados y submarinos de gran autonomía. En ella fincarían las Islas Británicas su seguridad y confianza. Ella ocuparía el puesto de un ejército, constituido apenas por una milicia popular de mediana instrucción, que en la época a que nos referimos, bajo el reinado de los Tudor, contaba apenas con unos cuantos cientos de guardias palaciegos. El desafecto de los ingleses por los grandes ejércitos ha constituido siempre una tradición. En cambio, la armada representa la "institución decana", y Drake, Blake y Nelson están por sobre Marlborough y Wellington. "Trafalgar ha sido para la poesía fuente de inspiración mucho más fecunda que Waterloo". Por lo demás, el concepto insular, no implica la constitución de grandes ejércitos, si no la existencia de fuertes escuadras de guerra.

A la conquista de un mundo:

Los primeros pasos para la formación de un imperio fueron en un comienzo vacilantes. Un piloto italiano, Juan Cabotto, al servicio de Inglaterra, puso pie en Terranova, que sería la primera posesión ultramarina. Algunos desembarcos en la región que habría de llamarse Virginia, en el Nuevo Continente, no contaron con la continuidad necesaria y estas primeras expediciones se perdieron sin dejar casi huella. Años más tarde, gracias a las contiendas religiosas que provocó Jacobo I, los puritanos inconformes con lo que ellos entendían por "herejía", emigraron a Holanda, retornaron luego a Southampton en 1620, y por fin, embarcaron hacia América en el Mayflower en número de 102, con destino al territorio de la Compañía de Virginia, pero desviados por vientos contrarios

tocaron tierra en lo que se llamaría Nueva Inglaterra. Otros grupos de inconformes, que prefirieron el destierro a la herejía fueron a unírseles y constituyeron una teocracia. Nuevas expediciones no ya de puritanos, sino de compañías y también de la Corona, dieron comienzo formal a un plan de colonización, que enfrentaría a Inglaterra y Francia en un segundo frente, lejos de Europa. Luego crearon un tercero en las Indias a expensas de los reyes indígenas, que fueron cayendo bajo su influencia político-económica. Pero, como siempre, los ingleses, más hábiles y contando con el respaldo de su gobierno, lograron imponerse y fundaron un imperio. En la India descubrieron tesoros como los que hallaron los españoles en la América del Sur. Las riquezas de esta vasta región tuvieron repercusión activa en las elecciones y en el seno de los partidos políticos ingleses.

No obstante que algunos historiadores, por cierto muy pocos, afirman que los primeros ingleses que se aventuraron en tierras desconocidas, no eran colonizadores ni siquiera conquistadores, sino que muchos de ellos no pasaban de ser simples contrabandistas, buscadores de minas de oro y plata y corsarios que se dedicaban a atacar y saquear embarcaciones y zonas costaneras y que en su mayoría estimaban que el oro robado a los indios por españoles y portugueses, bien podría a su turno ser robado a los mismos por "honestos británicos", es preciso reconocer que para su época, los aventureros ingleses poseían condiciones y cualidades ciudadanas superiores a sus competidores. En especial, su mentalidad política, su noción de los derechos individuales y su concepción del Estado, eran desde hacía ya mucho tiempo, factores de mayores conocimientos para una iniciativa de poblamiento y de colonización. Ya fueran ellos particulares, al servicio del gobierno o miembros de compañías, demostraron siempre una capacidad y una habilidad que les garantizó estabilidad, seguridad y confianza en la realización de sus planes. La teoría de que el Imperio Británico fuera producto de un ataque de locura, no pasa de ser una frase ligera, carente de realismo y de verdadero conocimiento de lo que representó esta gigantesca realización humana, cuya creación se debe más a la iniciativa privada que a un planteamiento oficial.

Las aventuras náuticas de los ingleses no fueron cosa distinta que el resultado de su temeridad, conocimiento y fe en

el destino de una nación. Ellas casi sobrepasaron el plano de lo sensacional para penetrar en el campo de la leyenda y de la fantasía. La vuelta al mundo de Francis Drake; los viajes mercantiles de John Hawkins; las expediciones piratas de muchos capitanes y las aventuras descabelladas de sir Walter Raleigh, expresión cabal del perfecto caballero de esa época, no sólo permitieron enriquecer la literatura, las ciencias y la filosofía, sino que obraron como acicate para elevar el temperamento y el espíritu del pueblo británico. Los diarios de bitácora escritos por estos aventureros permitieron salir a la luz en memorables narraciones, la prosa épica del pueblo inglés.

Las colonias inglesas en el norte del continente americano, significaron más, que una aventura política o una especulación comercial, "un pasaje a la civilización", según la expresión autorizada de Edward Eglessteon. Los que llevaron a cabo ejecución tan trascendental, eran hombres y mujeres ya hechos, de hábitos arraigados y acostumbrados a tradiciones e instituciones muy propias del pueblo inglés. El bagaje de su civilización estaba exento de prejuicios. Salvo ciertos resentimientos religiosos, continuaban siendo cabalmente ingleses. Otros vendrían después de ellos, para poblar en común un mundo, expresión auténtica, de una total compenetración entre el medio físico y el hombre. Ingleses fueron los primitivos colonizadores y así los nombres de Boston, Cambridge, Plymouth, Virginia, Jamestown, Williamsburg, Carolina, Maryland, Annapolis, Georgia, Nueva York y Nueva Jersey, testimonian un homenaje a los gobernantes británicos y una demostración de lealtad a sus reyes de la lejana Albión.

Pero la expansión inglesa no sólo tenía lugar en el Nuevo Continente, sino que también se orientó y dió forma a un Imperio Insular con la toma de posesión de tierras que se llamarían Barbados, Jamaica, Bermudas, Bahamas y las Islas de Sotavento. En otras regiones, grupos de mercaderes-aventureros y compañías, negociaban con Moscovia y el Levante. Y otros grupos de empresarios operaban comercialmente en la India y en las Indias Orientales. La British South Africa Company realizaba una explotación en Rodesia. Bajo el reinado de Jacobo fue ya posible hablar de un Imperio Británico de Ultramar.

El dominio del mar permitió a los ingleses arrebatarse a Francia, España y Holanda gran parte de su imperio colonial.

Hacia 1760 toda la vasta región del Canadá había pasado a sus manos, así como todas las islas francesas en las Antillas. Todo el continente del norte de América al este del Missisipi y la Florida pasaron a poder de Inglaterra.

Navegando sin descanso, los hombres de mar fieles a su tradición, siguieron incorporando nueva tierra, ya fuera mediante descubrimientos o por medio de las armas, con causa justa o sin causa. Navegantes de Somersetshire, de Yorkshire y de lugares no mencionados antes al hablar de Inglaterra, conquistaron para su patria otro gran imperio que entraría a figurar en la historia bajo los nombres de Australia y Nueva Zelandia. En mayo de 1787 un capitán de la Marina Real, comandando el "Prince of Wales" y llevando a bordo 212 marinos, 28 esposas de los mismos, 785 presidiarios, de los cuales 185 eran mujeres y tres (3) pobladores voluntarios, arribaron a la costa oriental de Australia. Con ello se inició formalmente el nacimiento de un mundo a cual más de extraño, que habría de ocupar un lugar en la historia, como el ejemplo más definido de democracia en el mundo entero. De "Modern Democracie", cuyo autor es J. Bryce, publicado en 1921, tomamos los siguientes conceptos: "Si hubiera que elegir a algún país y su gobierno como aquellos que marcan el rumbo como pueblo autónomo, libre de toda influencia externa y al que poco estorban las influencias que provienen del pasado, ese país sería Australia. Es la más reciente de todas las democracias. Es la que ha viajado más lejos y más rápido a lo largo del camino que conduce al dominio ilimitado de la multitud. En ella, mejor que en cualquier otro lado, pueden estudiarse las tendencias que despliegan los gobiernos a medida que se abren camino en la vida práctica".

Africa, pese a ser conocida a lo largo de sus costas, desde la época de los cartagineses, continuó siendo "la más oscura Africa" hasta mediados del siglo XIX. La colonia del Cabo era en los siglos XVII y XVIII tan sólo un punto de parada para las naves de la "Dutch East India Company", a mitad del trayecto entre Holanda y la India. Por la suerte de la guerra esta colonia cambió de manos varias veces, para quedar por fin en las de Inglaterra, en razón de su importancia sobre la ruta que bordeando el Africa llegaba hasta la India Británica. Y como entonces no existía el Canal de Suez, la única

vía marítima hacia oriente debía cruzar por el Cabo de Buena Esperanza. Allí, los boers que amaban los espacios libres, cargaban sus carretas y marchaban en procura de otras tierras, cuando la población comenzaba a ser demasiado densa. A medida que ascendían y se alejaban de la costa, venciendo las áridas y elevadas mesetas, iban perdiendo poco a poco su temperamento ambulatorio, y pasaban a convertirse en hacendados. Creían en la supremacía blanca, eran fervientes protestantes, se expresaban en un dialecto local holandés y discrepaban con los británicos respecto al trato a los pueblos nativos.

La colonia progresó a partir de 1820 con la llegada de nuevos colonizadores y con el apoyo financiero de la metrópoli. El idioma inglés se oficializó y con el tiempo se fueron borrando los vestigios holandeses hasta adquirir el carácter y el temperamento propios de los pueblos de habla inglesa. Poco a poco, las regiones más aptas para una colonización en el Africa fueron ocupadas por los ingleses.

En nuestro peregrinar por la historia llegamos por fin a la India y nos detendremos también muy poco, pese a nuestro interés por este mundo un tanto extraño y misterioso, cargado de un pasado, tan rico en civilización y cultura, que muchos le han asignado un papel tan descollante como el que ocuparon los griegos en el mundo antiguo. En ella entraremos a través de un hombre inglés, que después de haber sido objeto de una investigación parlamentaria, llevada a sus límites extremos, se quitó la vida en 1774, desengañado de todo y víctima de ese morbus crudelis que ha perseguido especialmente a los hombres del norte. Este Robert Clive exoficinista de la "East India Company", genio precoz y extraordinario militar, del que se ocuparía con admiración Lord Macaulay en sus "Estudios Históricos", fue de esos personajes que de tarde en tarde aparecen en la historia militar. En ella entró Clive por la puerta de enfrente, para no salir jamás. Su carrera meteórica, desde cuando apenas contaba veinticinco años, se convirtió gracias a su genio, voluntad y temperamento vivo, pese a la melancolía que solía acompañarlo y que no lo abandonó hasta su fatal decisión, en el conquistador del Imperio Indio.

De una simple factoría, adquirida en Surat, sobre la costa occidental cerca de Bombay, con un puñado de ingleses, más comerciantes que guerreros, valiéndose del genio político con-

que fue dotado por la providencia y de su férrea voluntad, fue apoderándose palmo a palmo de una de las más dilatadas regiones del Asia, habitada por pueblos un tanto extraños, que hablaban gran diversidad de lenguas, y que profesaban religiones también muy extrañas y prácticas sociales únicas tal vez en el mundo. Esta India misteriosa y legendaria, que no constituye propiamente una nación, sino un vasto subcontinente, con una población que casi triplica a los Estados Unidos de Norte América, donde tiene cabida veintenas de razas, idiomas, religiones y nacionalidades sería la perla de la colonización británica y la cantera inagotable donde sus escritores extraerían páginas de una rara belleza, en donde se conjugan el peculiar encanto oriental y la maravillosa concepción literaria de los anglosajones. Enclavada dentro del sistema imperialista, no fue con todo una colonia sino una dependencia especial de la Corona Británica.

Esta tremenda realidad política que constituye el Imperio Indio en la época de su conquista por los ingleses, tuvo un origen particular y fue un producto subsidiario de una aventura comercial privada.

En la India fue donde quizás los ingleses ejercitaron su mayor violencia conquistadora. Sobre este pueblo, cuando se hicieron sentir los efectos y repercusiones de los cambios revolucionarios ocurridos en Norte América y Francia, que tanta influencia ejercieron sobre la humanidad, desató Inglaterra la acción más reaccionaria y feroz. El Código Penal, que en la época de Jorge III, en 1760, contemplaba 160 delitos, en la medida que crecía la inconformidad de las posesiones de ultramar, en 1820 se habían aumentado con un centenar de nuevos delitos, que podían llevar a la muerte, bajo cualquier pretexto, a hombres, mujeres y niños, y aún a los encargados de la represión, los pobres soldados rasos que mantenían la organización de la férrea estructura británica.

Por una u otra causa, Inglaterra sigue extendiendo sus tentáculos en busca de nuevas tierras, hasta las regiones más apartadas del globo. La metrópoli se comunica con ellas mediante rutas que facilitan la conjunción de sus flotas comerciales y de las naves de guerra. Posiciones estratégicas se constituyen en enclaves adecuados para el dominio de los mares, impuestos a países mediante la sorpresa y la violencia. Las

regiones bajo su mando son de una diversidad tal, que podría afirmarse que cada una de ellas constituye un caso único y especial. Es en este aspecto donde puede apreciarse con mayor propiedad y realismo la habilidad del pueblo inglés y su genio para comprender y manejar los más extraños reyes, reyesuelos, tiranos y gobernantes, en sitios y lugares que no presentan similitud alguna en sus lenguas, hábitos y prácticas político-religiosas. La enumeración de algunas zonas de dominio o influencia británicas, dan fe de nuestra apreciación: el Egipto se mantiene intervenido por tratados especiales; las Islas Fidji por su población casi toda nativa e incivilizada, es una colonia; las Islas Malvinas, frente a las costas de Sudamérica, poseen sus propios gobernantes, tutelados por una escasa población británica; Jamaica, densamente poblada por esclavos o descendientes de esclavos negros, se halla sometida a un régimen especial; Chipre, Malta y Gibraltar, en el Mediterráneo, son importantes como bases navales y puntos estratégicos, sometidos a un régimen militar. En condiciones similares, pero con Residentes que representan a la Corona, están los Estados Malayos, insulares o peninsulares, entre el Océano Índico y el Pacífico. Todos ellos están constituidos por islas o grupos de islas, como las Antillas Británicas. Existen también islas dispersas o aisladas como Ceilán, frente a la India, o como Santa Helena, en el Atlántico Sur, última morada de Napoleón.

Este ligero esbozo de las posesiones de ultramar, permite con todo abarcar el inmenso panorama imperial que ofrecía Inglaterra en el siglo XIX. Sin el concurso de este mundo abigarrado y productor de materias primas y mano de obra, y a la vez consumidor de las manufacturas de la metrópoli, los británicos no hubieran podido controlar las ambiciones ilimitadas de Napoleón, ni quebrar, con la ayuda de Rusia, Prusia y Austria, el poderío militar más asombroso, nunca antes concebido, después del Imperio Romano. El mérito de estas realizaciones se debió a favorables condiciones económicas y políticas. Ellas eran demasiado protuberantes como para pretender entrar en mayores detalles. Ellas obedecían a puertos naturales, cercanos a las principales rutas comerciales del mundo; a la abundancia de carbón y hierro; al clima benigno y estimulante que incita al trabajo y a la defensa natural contra las invasiones extranjeras, representado en ese Mar del Norte, defensor permanente de los ingleses.

Los factores del poder económico:

A las condiciones propias del medio, mencionadas anteriormente, debemos agregar otras igualmente favorables. Tal es el caso del medio social. Liquidada la servidumbre, las regulaciones gremiales y las restricciones gubernamentales, menos onerosas que en la mayoría de los países continentales, permitían a los ingleses sentirse menos supergobernados que rusos, franceses y prusianos. Con la protección del océano y disponiendo siempre de capital a discreción, el comercio británico marchaba a la vanguardia del mundo. Disponía de mano de obra libre y en continuo desplazamiento, constituida en buena parte por hábiles artesanos procedentes de Francia, Flandes y Alemania, que recompensaban la tolerancia religiosa inglesa y la libertad política, con su industria y voluntad de trabajo.

En menor grado, pero de significativa importancia, obraban el clima y otras condiciones ambientales para hacer propicia la crianza ovina, antesala de la manufactura textil. El carbón, no sólo abundaba, sino que constituía para los ingleses el combustible ideal de sus estufas, que hacían de sus hogares lugar apacible y agradable para calentarse en las noches y en los días de invierno.

Desde los tiempos de Chaucer ya los nombres de ciertas ciudades traían a la mente su especialidad industrial: Sheffield por su cuchillería; Birmingham por sus picas, espadas, candelos, clavos, juguetes y la falsificación de moneda; Staffordshire por la alfarería; Lancashire por la manufactura textil. Estos productos, el hierro, el carbón, la loza y las maquinarias eran las especialidades de la industria británica en el siglo XIX. Paralelamente con la producción industrial existía también la agrícola, que envolvía la crianza científica de caballos, vacunos, ovejas, cerdos; la rotación de los cultivos; el uso de abonos artificiales; el drenaje de tierras pantanosas y el cercado de campos abiertos. Este notable desarrollo estaba estrechamente relacionado con la construcción de excelentes caminos que propiciaban el tránsito y el transporte. Por ello fue posible prestar un eficiente servicio postal y de pasajeros, aún entre ciudades distantes. Ellas, que habían dependido por entero de los ríos naturales y pequeños cursos de agua, conocieron de lleno la construcción de canales artificiales, por los que se deslizaban lanchones conduciendo toda clase de productos entre

las distintas zonas, lo que posibilitaba el progreso de la industria mecánica y del comercio.

Pero donde se halla principalmente el punto de mayor sustentación para la revolución industrial que habría de alterar el *modus vivendi* de los europeos, es en los inventos. A los nuevos mecanismos de la industria textil y del sistema fabril, vino, mediante el ingenio del escocés James Watt, a sumarse la máquina de vapor, que habría de convertir a Inglaterra en el "taller del mundo". Pero entonces, como hoy, y seguramente mañana, el progreso que tantos beneficios procura a la humanidad, causó la desgracia de muchos. Los niños, fueron víctimas de un trabajo agobiador y brutal, al par que los campesinos con el incremento del ganado lanar, se vieron desposeídos de sus parcelas de terreno y arrojados a la más desastrosa condición social. John Kay, con la lanzadera mecánica puesta en servicio en 1733, duplicó la velocidad de producción del hilado de la lana, lino o seda y el del algodón en hebras de hilo. James Hargreaves, con la "Hiladora Jenny", permitió en 1767, girar en un solo torno ocho carreteles. Richard Arkwright, con el telar accionado por medio de fuerza hidráulica, logró hilar y retorcer el hilo simultáneamente. Samuel Crompton, combinando los principios de la "Jenny" con el telar hidráulico, procuró un aparato híbrido que se denominó "mule". Así, el desarrollo industrial, el incremento de población, el crecimiento de las ciudades, la constitución de la gran zona industrial del norte y el progreso comercial de la región del sudeste, permitieron la construcción de una sociedad próspera y organizada.

De otro lado, la mayor edad de los partidos políticos y la clara conciencia inglesa sobre las relaciones que deben mediar entre el estado y la colectividad, permitieron sortear los conflictos derivados de la Guerra de los Cien Años; los roces de las clases sociales; la injusticia en la distribución de los representantes de la Cámara de los Comunes; la insuficiente remuneración del personal obrero; el inhumano régimen de trabajo y las cargas tributarias. Dado su carácter de país industrial, sin competencia en los mercados de sus colonias y dominios, un factor de notable importancia para su enriquecimiento lo constituyó la adopción del libre cambio que le otorgó una total libertad económica, que sería para sus ciudadanos artículo de fe. Pero en cambio, los abusos patronales se desarrollaban en

un plano que amenazó traspasar los límites de la resistencia humana y sumir en la abyección a las masas trabajadoras. Por mucho tiempo el Parlamento prestó oídos sordos al clamor popular que reclamaba reglas sanas y estrictas para regular la organización del trabajo en las fábricas y el crecimiento de las ciudades. Esta situación hizo crisis cuando la hambruna que sacudió a Irlanda, lanzó sobre el puerto de Liverpool más de cien mil hambrientos cuya presencia aumentó la miseria de los barrios marginales, donde cerca de trescientos cincuenta mil obreros se amontonaban en habitaciones húmedas y sucias, en que se respiraba un aire mezclado de agua y de carbón. Según testimonio de Engels, esto acontecía en Manchester en 1844. Pero en las minas, la desdicha humana alcanzaba aún mayores y más terribles proporciones. Mujeres semidesnudas eran empleadas como bestias de carga. Los niños pasaban su vida en la oscuridad de una galería, abriendo y cerrando una compuerta de ventilación. En las industrias del encaje llegó hasta emplearse criaturas de cuatro años. Este tremendo factor del progreso económico tuvo la virtud de despertar la opinión pública. Saliendo entonces del letargo fatal del "dejar hacer", el Parlamento acabó por intervenir. Mediante un "factory act", se reguló el trabajo de los niños menores de nueve años, que trabajaban hasta entonces quince y diez y seis horas diarias en las fábricas de algodón. Una ley limitó el trabajo de los obreros menores de dieciocho años y redujo también el trabajo de las mujeres a diez horas, lo que traería poco después una reducción análoga para los hombres. En 1850 se adoptó en la industria textil la semana "inglesa", que transformaría la vida del obrero, quien pasaría a interesarse por los deportes el sábado por la tarde. La expedición de leyes y la abundancia de instituciones locales, característica esencial del pueblo inglés, influyó poderosamente para incrementar una burocracia, que de dieciocho empleados, en el nivel central, en 1815, pasó a diez y seis mil en 1853, encargados de hacer cumplir la misión que trazaron las normas reivindicatorias del Parlamento, en materia de higiene, minas y salubridad pública. Así, equiparando los efectos arrolladores de la invención científica con los imperativos de la justicia social, se logró un equilibrio que llevó al hombre del siglo XIX a convertirse en el señor de la naturaleza. La fuerza de los brazos, la de los animales y la del viento, se vió sustituida por el vapor.

*De cómo desapareció el Imperio
y nació el Common Welth Británico:*

Con la llegada del siglo XX, época de cambios fundamentales y de extraordinarias realizaciones humanas, el Capitalismo o Imperialismo Económico llegó al punto de su máximo desarrollo, bajo el título de "Neo Capitalismo". El sistema se acomodó así a las condiciones imperantes en una sociedad que ha logrado también la expresión más alta en el plano científico y en la noción del derecho. Uno de los factores esenciales, a no dudar el principal, para llegar a un avance tan rápido, que ha podido medirse por décadas, en contraste con los progresos acusados en milenios y centurias, que entonces parecieron inigualables, no ha sido otro que el conflicto a escala mundial que engendraron las dos últimas guerras. Estas, como ha sido tradicional en la historia de la sociedad humana, han dado curso a un progreso de tal magnitud, que permite afirmar, que los conflictos bélicos han impulsado siempre al hombre a las realizaciones más extraordinarias, en todo el curso de su azarosa existencia. Y sin temor a equivocarnos, también podemos afirmar, que este tipo de conflictos, ha sido siempre de característica económica. Para sustentar esta apología de la guerra, como factor de progreso, es fácilmente probable, que los inventos más extraordinarios, y los avances más descollantes en el campo cultural y en el rápido avance de las sociedades, se deben a esta calamidad, que tantos millones de víctimas ha cobrado, y por el contrario, también es evidente, que las grandes crisis sociales, determinadas por la densidad de población, el estancamiento intelectual y la pérdida de valores, se deben a los largos períodos de paz. No pretendemos, en ningún caso, aparecer como adalides de la guerra o adeptos del Dios Júpiter.

Por ser tan contrario a las doctrinas religiosas y tan opuesto a la tranquilidad de los seres humanos y de los animales y a la preservación de la flora, el flagelo de la guerra, para sustentar una apreciación como la emitida anteriormente, es de rigor traer a cuento los hechos históricos, tan beneficiosos, que se han generado de la misma: el progreso cultural de la humanidad que promovieron las "Guerras Médicas", por razón de la transculturación que propició la migración masiva de colonos, comerciantes, filósofos, pensadores y cien-

tíficos griegos, del Asia Menor a Europa. La transculturación que provocó y alimentó la invasión de Alejandro al Asia; la toma de Constantinopla por los turcos, que precipitó la acelerada fuga de sabios, artistas, filósofos y científicos griegos, sería causa principalísima del Período Renacentista Europeo; las conquistas de los árabes en Occidente, que tuvieron la virtud de llevar a los europeos los tesoros estancados de las culturas de Oriente; la invasión de Napoleón a Egipto, que aportó conocimientos completamente desconocidos al mundo occidental y llevó al Oriente las técnicas y los progresos científicos de una Europa en proceso de transformación; y para abreviar, porque la enumeración sería interminable, la Primera y Segunda Guerra Mundiales, que trajeron consigo nuevos descubrimientos en muchísimos campos del saber humano; en el conocimiento de pueblos y regiones, casi ignorados; en la expansión y enriquecimiento de los idiomas; en la industrialización de vastas zonas subdesarrolladas; en la liberación de muchos países y en la producción de toda clase de literatura.

Con estos dos últimos conflictos se puso a prueba la estabilidad de los imperios coloniales, ya que la primera implicó para éstos la necesidad imperiosa de conceder privilegios y llevar progreso a sus colonias y dominios para que su colaboración fuera efectiva en la confrontación militar, y la segunda, porque Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, y Turquía, hubieron de desmontar su maquinaria colonial y darle vida libre e independiente a muchas regiones. En esta redistribución del mundo contemporáneo, Inglaterra fue la más afectada, pues su economía estaba basada exclusivamente en su mercado colonial y en la explotación de materias primas y de mano de obra en los países bajo su dominio.

Antes de apreciar la crisis del imperialismo británico, es no sólo aconsejable, sino más bien indispensable, dilucidar por qué fue posible a los ingleses apoderarse de zonas geográficas tan amplias, tan densamente pobladas, tan ricas y tan distantes unas de otras. Pero también cabría preguntar, por qué regiones que otrora fueran canteras de cultura, fuertes económicamente y con grandes éxitos militares en su haber, pudieron ser vencidas y conquistadas por escasos contingentes de tropas, apenas en posibilidades de combatir, y cómo pudo prolongarse por tanto tiempo el dominio de sus con-

quistadores? Son muchas las respuestas que se han dado a este interrogante, pero no del todo satisfactorias. Para tratar de explicar con cierta certeza esta discutida cuestión, elijiremos la que más nos parece corresponder a la realidad histórica.

Es el caso que árabes, indios, persas, para no relacionar más pueblos, parecen atacados de la misma parálisis en la energía creadora y en la inventiva, cuando les sorprendió el infortunio y fueron sojuzgados por los occidentales o con más propiedad por los europeos. El Asia Occidental y Central, la China y la India acusaron estancamiento, impotencia y algo también de indiferencia cuando les sobrevino el impacto de la intervención foránea. Aquí cabe recordar que en períodos anteriores, ellos acusaron considerable progreso en diversos sectores de la ciencia. En aquel entonces la construcción naval y un vasto comercio marítimo obraban como constante acicate para sus perfeccionamientos mecánicos. Debemos pues suponer que sus grandes inventos o no se perpetuaron o fueron destruidos u olvidados cuando la violencia se enseñoreó del Oriente, con las frecuentes correrías de pillaje realizadas por pueblos extraños y salvajes, que retornaban luego de perpetrarlas a sus lugares de origen con el producto de sus razzias o eran absorbidos por culturas superiores, como aconteció frecuentemente en la China.

Los árabes que habían desarrollado hasta cierto punto los comienzos de la ciencia práctica y que habían asistido a Europa en el confuso período del Medioevo, perdieron su importancia, desarrollada en siete siglos de intensa actividad, y quedaron rezagados por mucho tiempo. El Asia en todo su conjunto comenzó a ofrecer la imagen y la idea de la inmovilidad. Daba muestras de carecer de curiosidad intelectual, de espíritu de análisis, de capacidad de abstracción constructiva y de investigación personal. El fanatismo religioso y la organización familiar, habían liquidado por así decirlo, el ímpetu y la dinámica que anteriormente habían testimoniado en los más diversos campos del saber humano. Sus manifestaciones revelaban todo lo contrario del ideal europeo, de su espíritu de lucha, de la acción, del cambio, de expansión, de progreso, de insaciable curiosidad. El asiático parecía hallarse sumergido en el sueño eterno, despreciando ostensiblemente todo lo nuevo; rindiendo culto a las leyes establecidas y a las ideas

heredadas; desconfiando de las iniciativas y demostrando respeto por todas las fuerzas naturales externas. Así, mientras Asia dormía, como si dijéramos agotada, por sus pasados esfuerzos, Europa atrasada en muchos aspectos, estaba sin embargo en el umbral de los grandes cambios. Pese al Renacimiento, que había hecho poco por el progreso de la ciencia, pues la instrucción humanista introducida a las universidades impedía la difusión de las ideas científicas, un nuevo espíritu se hacía presente con la investigación objetiva, que ponía en tela de juicio las vagas abstracciones y las especulaciones. Por contraste, en Asia, a causa tal vez de una falla interna, predominaba lo contemplativo; su cultura social constituía una barrera a las nuevas ideas de un mundo en evolución. Ella ya no era digna de llevar la iniciativa sobre sus cansadas espaldas.

Esta podría ser la explicación más acorde con las condiciones que presentaba el Oriente en el siglo XVI, el mismo que vió en Europa el nacimiento de la dinámica, el avance más revolucionario de la humanidad hasta entonces. Con él, Europa tomó la delantera, con impulso cada vez más creciente, hasta que en el siglo XIX logró construir un mundo nuevo, al par que Asia, estática y dormida, era presa de lo antiguo y sólo confiaba en el duro esfuerzo del hombre.

Aclarado en esta forma, hasta cierto punto, este acontecimiento trascendental, que habría de constituir, o con más propiedad, plantear un profundo abismo, entre las técnicas de Occidente y las de Oriente, hasta alcanzar su punto más alto al sobrevenir la Primera Guerra Mundial en 1914, hemos llegado también al comienzo del ocaso del Imperio Británico, al período comprendido desde la época del rey Jacobo I hasta la revolución de las colonias americanas y el nacimiento de una gran potencia que se elevaría sobre todas las naciones del mundo contemporáneo. Esta denominación, escogida seguramente como testimonio oportuno para distinguir una época caracterizada por el influjo de compañías privilegiadas, administradoras de colonias, dependencias y posesiones, bajo el antiguo sistema mercantilista internacional, se prolongaría según ciertos historiadores, hasta la formación de los Estados Unidos de Norte América. Siguiendo el orden trazado, tales historiadores designaron como Segundo Imperio Británico, el tiempo transcurrido entre este último acontecimiento y el estallido de la Primera Guerra Mundial, de 1914 a 1918. Una

nueva teoría de organización histórica, tiende a considerar como Tercer Imperio Británico, los años que transcurren a partir de la formación de una Comunidad Británica de Naciones, a raíz del conflicto mundial. Lo que en realidad es evidente, es como en el primer período se consideraba a las colonias como experimento económico. En el segundo, aquellas comenzaron a gozar casi de un gobierno propio completo. En el tercero, que conforme con aquella tesis, surge con la constitución del Common Wealth Británico, que aún sobrevive, dentro de condiciones muy particulares, debió soportar los siguientes acontecimientos: la independencia de la India y del Pakistán en 1947; la de Birmania en 1948, que rompió sus relaciones con la Commonwealth, y el acuerdo de La Haya en 1949, que reconoció la república soberana de Indonesia. En este mismo año, en Corea del Norte y Vietnam del Norte, se constituyen estados independientes de hecho. También en el Medio Oriente, pivote del Imperio Británico, ocurren golpes de estado en Siria, Transjordania, Irak, Egipto e Irán, y la nacionalización de sus riquezas. En Africa se inició la resistencia de los hombres de color contra el "Apartheid" de Africa del Sur y movimientos nacionales en las colonias británicas del Africa Occidental y Oriental; en Rhodesia y Nyassaland los nativos se opusieron a la formación de la Federación del Africa Central. Por último, en América, las Indias Occidentales y la Guayana Británica, reivindicaron y obtuvieron la autonomía que precede el acceso al Estatuto de Dominio.

A partir de 1945, las antiguas técnicas británicas de bombardeo naval, los desembarcos de cuerpos expedicionarios y el ametrallamiento con aviones, son ya inoperantes. Contra ellos se generalizó la guerra de guerrillas y los habitantes de las colonias, abandonando su inercia, y poseedores de una conciencia nacional, se enfrentaron a los representantes del imperialismo. Las potencias coloniales se hallaban divididas y los países sojuzgados procedieron a organizar un frente común, que fue endureciendo la resistencia, hasta despertar la conciencia mundial y reivindicar los derechos humanos, pisoteados hasta entonces.

En 1946, Inglaterra parece resignarse a lo inevitable. Comprende que los viejos tiempos han muerto o están llegando a sus últimos extremos. Idéntico estado de conciencia experi-

mentan las demás potencias coloniales. Ya no se hará literatura como la de Kipling, para celebrar las glorias del Imperio. Esta será muy pronto solamente una definición urticante. Inglaterra había escrito a lo largo de varios siglos, páginas asombrosas de un raro colorido. Su gran aventura, ha testimoniado al mundo la voluntad de un pueblo por superar las condiciones limitadas y estrechas que parecían enmarcar su destino. Su férrea voluntad, su asombrosa habilidad constructiva, su temperamento creador y el poder que le confirió su idioma, permiten hoy aseverar que el verdadero vínculo de unión entre los pueblos de habla inglesa, no es solamente racial, porque indudablemente lo es en parte, sino que dentro del conjunto de sus calidades excepcionales están la lengua inglesa y la similitud de sus instituciones e ideales.

Con el ocaso de Inglaterra también llegó el de la vieja Europa. Se cumplió así, inexorablemente, la predicción formulada en 1890 por E. Lavisse: "Toda fuerza se agota; la facultad de dirigir la historia no es una propiedad perpetua. Europa que la heredó de Asia hace tres mil años, tal vez no la conservará siempre". Aquella hegemonía tan relievante en vísperas de la Primera Guerra Mundial, por su fuerza militar; su marina de guerra; su red de bases navales; la superioridad de sus armamentos; el número de sus ejércitos; su superioridad material y técnica y su supremacía intelectual, universalmente reconocida, han experimentado en el siglo XX un rotundo fracaso frente a las nuevas concepciones socio-económicas que inspiran la conciencia de los hombres de todas las latitudes, que han llegado al límite de su paciencia y de sus fuerzas. El término revolución encuentra un eco poderoso en la gran masa de población trabajadora del mundo, unificada en torno a las nuevas premisas de reivindicaciones económicas y de justicia social. El término democracia, que envuelve de un lado cierta igualdad jurídica y política, se halla enfrentado a la tremenda desigualdad social y económica que informa la legislación de casi todos los países del mundo contemporáneo. Esta inequívoca injusticia ha puesto sobre el tapete de la discusión el término "democracia económica".

BIBLIOGRAFIA

- 1.—Historia General de las civilizaciones. *Maurice Crouzat*. Ediciones Destino. Barcelona
- 2.—Estudios Históricos. *Lord Macaulay*. Librería de Perlado, Páez y Cía. Madrid.
- 3.—Historia de Inglaterra. *André Maurois*. José Janés Editor. Barcelona 1951.
- 4.—Gran Bretaña. Documentos de Consulta. Servicios Británicos de Información.
- 5.—El descubrimiento de la India. *Jawanharlal Nehru*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- 6.—Nur Manal. *Harold Lamb*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- 7.—Historia de los pueblos de Habla Inglesa. *R. B. Mowat*. Ediciones Peuser. Industria Argentina.
- 8.—Memorias.
Winston S. Churchill. Los Libros de Nuestro Tiempo. Tipografía La Académica. Barcelona. 1951.
- 9.—Enciclopedia Británica.